

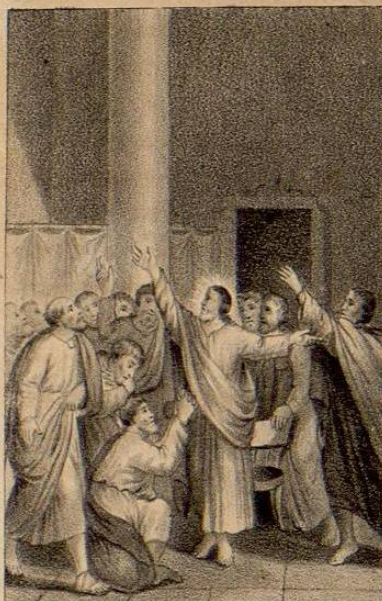
el cielo está abierto para pobres y ricos, para desventurados y venturosos; se puede uno salvar en la prosperidad y en la pobreza. Si hemos hecho ver en estas lecciones los peligros del estado de prosperidad, no ha sido nuestro intento inducir á los ricos á la desesperacion, sino hacerlos mas cautos, vigilantes y circunspectos á vista de los peligros, obstáculos y dificultades que tienen para ser buenos; la consideracion de estos riesgos, lejos de desanimarles en el ejercicio de la virtud, los debe hacer mas fervorosos. Supuesto que su situacion está rodeada de tantos lazos y precipicios, es preciso que sus esfuerzos se aumenten á proporcion de los peligros; que su fé sea mas pura, su caridad mas animada y su santidad mas eminente, gozando de la prosperidad temporal como si no se tuviese. Con una fé viva y clara se conoce la nada y vanidad de los bienes temporales; con una caridad fervorosa está uno dispuesto para sacrificarlos todos á su salvacion: La destruccion de la fortuna, el paso á la indigencia, y por consiguiente al desprecio de los hombres, no se teme cuando se teme solo á Dios.

QUINTO DOMINGO

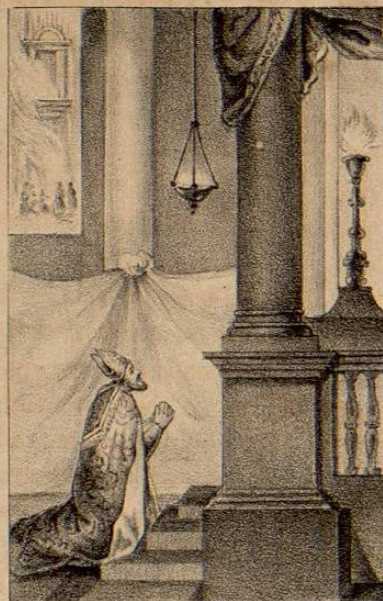
DESPUES DE PASCUA.

Parece que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reconcion que Jesucristo hizo á sus apóstoles, cuando habiéndoles dicho que habia llegado el tiempo en que le era preciso dejarlos para volver á su Padre, en lugar de alegrarse de su triunfo, y de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo, se abandonaron á la mas amarga tristeza. La Iglesia gobernada por el Espíritu Santo, entrando en los sentimientos del Hijo de Dios, parece aumentar su gozo, é inspirar á sus hijos sentimientos de una alegría aun mas sensible, conforme se va acercando mas el dia de la gloriosa Ascension del Salvador.

Publicad esta voz de alegría, y oígase en todas partes: anunciadla hasta las estremidades de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo, lo ha sacado de la cautividad, y lo ha vuelto



Domingo quinto despues de Pascua



Las Rogaciones.



La Ascension del Señor



Domingo despues de la Ascension.

á su dulce Patria: sea por siempre bendito, alabado y glorificado, porque en fin nos ha hecho recobrar la libertad, y nos ha abierto las puertas de la Jerusalem celestial. Pueblos de toda la tierra, manifestad vuestro gozo al Señor. Celebrad su nombre con vuestros himnos, dadle la gloria que le es debida y no ceséis de alabarle. Por esta demostracion de alegría, por este cántico de gozo, empieza hoy la Misa la Iglesia. De Isaías es de quien se tomó este introito. Describiendo este Profeta el misterio de nuestra Redencion en la narracion que hace con su espíritu profético, de lo que pasó cuando el pueblo judaico salió de la cautividad de Babilonia, lo que fué una figura de nuestra Redencion por Jesucristo, convida á todas las naciones del mundo á regocijarse, y á hacer resonar por todas partes sus exclamaciones de gozo y sus cánticos de alegría. *Anunciad esta nueva, dice el profeta, y publicadla hasta las estremidades del mundo: decid en todas partes que el Señor ha redimido á su siervo Jacob.*

Este Domingo se llama el Domingo de las Rogaciones, porque los tres dias siguientes están consagrados á solemnes deprecaciones al Señor, las cuales comunmente se llaman letanias menores; y tambien porque el Evangelio de este dia es un convite tierno que nos hace el Señor para que le pidamos el remedio de todas nuestras necesidades, y para que se lo pidamos con confianza. Como el dia de mañana está singularmente consagrado á las fiestas de las rogaciones; remitimos á mañana su historia.

La epístola de la misa de este dia se tomó de la epístola católica de Santiago, la cual dió tambien el asunto de la epístola del Domingo precedente. Despues de haber exhortado el santo Apóstol á los fieles á instituirse á fondo en las verdades de nuestra religion, les advierte aquí que no basta ir y aprender las verdades del Evangelio, sino las que ponen en práctica. Dice: "hermanos míos, poned por obra la palabra, y no os contentéis solo con oirla, porque así os engañareis á vosotros mismos."

Las epístolas de San Pablo tenían entonces mucho aprecio entre los fieles. Imaginábanse muchos que este apóstol ense-

ñaba, que las buenas obras no eran necesarias para la salvacion y que bastaba la fé sin las buenas obras. De suerte que entendiendo mal el pensamiento de San Pablo, abusaban de su doctrina. Entre los judíos convertidos, unos se habian escandalizado de semejante sentimiento, y miraban á San Pablo como á enemigo de la ley, no comprendiendo que el santo apóstol habla solo de las ceremonias legales de la ley antigua, y no de la observancia de la ley del Evangelio: otros imbuidos del mismo error miraban la nueva ley como inútil, y se imaginaban que para salvarse les bastaba la fé. Santiago para curar á estos espíritus, les explica á los fieles los verdaderos sentimientos del apóstol, y muestra aquí que la fé sin las buenas obras, es inútil, segun escribe el mismo San Pablo á los romanos. No son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la practican; estos sí que se justificarán: quiere decir, *los que observan la ley*, ora sean judíos, ora gentiles, ora hayan recibido la ley de Moysés, ora no la hayan recibido, serán justificados, no por las obras solas, sino por sus obras hechas por la fé, y por la gracia que Dios les habrá dado. La fé obra por la caridad, y sin esta caridad viva y activa, de nada sirve todo lo demas, como habla el mismo apóstol.

Si alguno oye la palabra sin ponerla por obra, será comparado á un hombre, que ve en un espejo su cara como la tiene naturalmente, y que luego que se ha mirado, se retira, y se olvida al punto como es. El Evangelio, dice S. Bernardo, es un espejo muy fiel: á nadie adula: cada cual se ve en él tal cual es. Por mas que queramos ocultar nuestros defectos, la divina palabra nos los pone patentes: por mas secreta que sea nuestra vanidad, por mas sutil que sea nuestro amor propio, por mas disimuladas que sean nuestras pasiones, por mas especiosas que sean nuestras exterioridades, en este espejo se ve todo lo que hay de positivo; no hay arruga tan pequeña, que no se descubra; ninguna cosa es capaz de deslumbrar ó de engañar. ¿Pero de qué sirve mirarse al espejo si solo es de paso, y si un momento despues de haberse mirado, se olvidan las manchas que se tienen en la cara? ¿Quereis ser felices? tened sin cesar delante de vuestros ojos la ley del Evangelio, que

nos libra de la servidumbre de las ceremonias legales y nos hace hijos de Dios. Esta ley no os ocultará ningun defecto; antes bien os descubrirá los que vuestro amor propio tira á ocultaros. No la mireis de paso; oidla con intencion de practicar lo que os dice, y de limpiar las manchas que os descubre; y veis aquí el medio de asegurar vuestra salvacion. En esta comparacion de que se sirve el apóstol, el espejo es la palabra de Dios, que nos representa á nosotros mismos lo que somos y lo que debemos ser: la cara del hombre es el estado interior de su conciencia: las manchas de la cara son los pecados que ensucian y afean la pureza del alma: mirarse en el espejo, es oír la palabra de Dios, y advertir la diferencia de lo que somos á lo que debemos ser: segun el Evangelio, olvidar el estado en que nos hemos visto, es olvidarse de las verdades que se nos han predicado; finalmente no lavarse, es descuidar de corregirse, y no borrar la inmundicia de los pecados con las lágrimas de la penitencia.

Tambien da Santiago este aviso, que si alguno piensa tener religion no poniendo freno á su lengua, sino engañándose á sí mismo, la religion de este tal es frívola y vana. Los judíos convertidos á la fé á quienes se escribió esta carta estaban todavía tan adictos á la observancia de sus ceremonias legales que no cesaban de prorrumpir en quejas, y algunas veces tambien en injurias contra los que no las observaban: satisfacian en partes sus celos y su pasion desahogándose en invectivas, y todo esto con pretesto de celo por la religion; lo que obliga al Apóstol á decirles que su pretendido celo era una ilusion, que la verdadera piedad es pensar siempre bien de su prójimo y nunca juzgar mal ni hablar de nadie; y que el verdadero celo es inseparable de la modestia, de la circunspeccion y de la caridad. Finalmente concluye con una leccion, que encierra otras muchas. La religion pura é inmaculada delante de Dios, les dice, la sólida piedad, el celo verdaderamente cristiano, no consisten en las disputas ó vanas especulaciones, sino en la práctica constante de una ardiente caridad. Visitar los huérfanos y las pobres viudas en sus tribulaciones: ejercitarse continuamente en obras de misericordia, y preservarse de la corrupcion de este mundo corrompido en que vivimos, ved aquí lo que

prueba visiblemente que uno es cristiano; esto es lo que hace honor á la religion que se profesa, y lo que es una prueba incontestable de que tenemos religion.

El Evangelio de la Misa se tomó de aquella admirable plática que Jesucristo hizo á sus discípulos despues de la cena la víspera de su muerte, en la que este divino Salvador, despues de haberles dicho que iba á dejarlos para acabar la grande obra de la redencion por el sacrificio de su vida, pero que su ausencia no seria larga, que dentro de tres dias lo volverian á ver en un estado muy diferente de aquel en que lo habrian visto; que aunque ellos estarian tristes y desconsolados, pero que él convertiria su tristeza en un gozo que nadie seria capaz de quitárselo. Esto bastará, les decia, para enjugar todas vuestras lágrimas, para calmar todas vuestras inquietudes, y para indemnizaros con muchas ventajas de todo lo que habreis padecido por mí amor. Entónces empezareis á ser mas favorecidos que nunca de mi Padre: el Espíritu Santo os llenará de sus dones, y os instruirá tan bien de todo, que no tendreis necesidad de tenerme visiblemente cerca de vosotros. Por lo que toca á mi Padre, sabed que os ama, porque vosotros me amais á mí; y en verdad os digo, que no os negará nada de cuanto le pidieris en mi nombre y por mis méritos. Ved aquí un nuevo modo de orar bien fácil y muy eficaz, el cual os enseño; pero no se hará comun si no quando estableciere mi reino en el cielo, donde seré vuestro mediador, siempre pronto á presentar á mi Padre vuestras súplicas. Mi Padre nada podrá negarme á mí, ni á vosotros si se lo pedis en mi nombre. Hasta ahora nada habeis pedido, les dijo, en mi nombre. Pedir en nombre del Salvador, dice San Gregorio, es pedir lo que es verdaderamente útil para la salvacion. Los apóstoles habian pedido al Salvador muchas cosas: San Juan y Santiago le habian pedido los dos primeros puestos de su reino: San Pedro la curacion de su suegra; y quizá ningun apóstol le habia dejado de pedir algun favor, ó para sí, ó para sus amigos; pero el Hijo de Dios, reputa y tiene por nada todo lo que no se ordena á la perfeccion del espíritu y á la salvacion. Bienes temporales, honras vanas, salud del cuerpo, no sois objetos dignos de la

atencion de Dios. ¿A cuántos cristianos no se les podria hacer hoy la misma reconvencion que hizo Jesucristo á sus discípulos? ¿Cuántas personas no han pedido todavía nada en nombre del Salvador! La promesa que os hago, dice el Salvador, debe inspirar en vuestras almas un gozo lleno y perfecto. En efecto, ¿qué cosa de mayor consuelo que estar ciertos de que todas vuestras súplicas serán eficaces? En vuestra mano está el ser siempre oidos: pedid en mi nombre, y vuestra oracion será siempre oida. ¿Qué cosa podrá turbar jamas vuestro gozo, si estais seguros de que infaliblemente obtendreis cuanto pidieris?

Hasta aquí os he hablado en parábolas, continúa el Salvador, esto es, de un modo figurado y enigmático; porque todavía no estabais capaces de comprender los grandes misterios de la religion. Esta es la última conversacion que tendré con vosotros ántes de mi muerte. Es verdad que os he hablado en términos figurados y oscuros y que me he servido de ciertas parábolas, cuyo sentido no habeis podido penetrar; pero ya no me explicaré mas con vosotros por figuras, os hablaré claramente de mi Padre: despues de mi resurreccion, os descubriré sin enigmas y sin parábolas el inefable misterio de la Trinidad; el de mi Encarnacion, el de mi Pasion, el de mi Muerte, y todo lo que mira á la economía de la salvacion y al establecimiento de mi Iglesia; y vosotros comprendereis cuanto os diré, por la inteligencia que os dará de ello el Espíritu Santo: entónces vosotros mismos sereis admitidos á la audiencia de este Padre infinitamente bueno y liberal; con solo que le pidais en mi nombre, sereis oidos. No es menester que os diga que yo pediré á mi Padre por vosotros, y que juntaré mis oraciones con las vuestras: estád seguros que os amo demasiado, para que me olvide jamas de vosotros; pero aun quando no empleara yo mis ruegos para alcanzaros lo que pedis, basta que vosotros me háyais amado y háyais creído en mí para obligar á mi Padre á que os conceda lo que le pidais. ¡Oh, y cuánta verdad es que no hay otra verdadera probidad, otra verdadera prudencia, otra verdadera justicia, sino la que está fundada sobre el conocimiento y el amor de Jesucristo! El Padre no ama si-

no á aquellos que conocen y aman á su Hijo, ni oye á nadie sino en virtud de los méritos de su Hijo.

Viendo el Salvador á sus apóstoles movidos y penetrados de las verdades que acababa de enseñarles, les hizo en dos palabras un resúmen, por decirlo así, de los mas grandes misterios de nuestra religion. *Salí de mi Padre, vine al mundo; ahora dejo al mundo y me voy á mi Padre.* Estas pocas palabras encierran los principales artículos de nuestra fé, por lo tocante á la Persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna se incluye en estas dos palabras: *he salido de mi Padre:* su Encarnacion en estas: *he venido al mundo:* su Resurreccion y su gloriosa Ascension en estas: *me voy á mi Padre.* Ved aquí en pocas palabras toda la economía de la redencion del linage humano y un compendio de nuestra creencia. No habiendo comprendido los apóstoles el sentido de estas palabras de Jesucristo: "Dentro de poco tiempo no me vereis mas, y poco tiempo despues me volvereis á ver, porque me voy á mi Padre," querian preguntárselo; pero conociendo el Salvador sus deseos, los habia prevenido, y se los habia explicado mas claramente de lo que acostumbraba. Lo cual obligó á los apóstoles á decir: Ahora sabemos que sabes todas las cosas, y que no tienes necesidad de que nadie te pregunte para salir de sus dudas, porque las sabes aun ántes que te las propongan, y descubres lo que hay de mas secreto en el corazon; lo que nos hace creer que has salido de Dios. Solo Dios puede penetrar el fondo del corazon y descubrir sus mas secretos pensamientos; y así, ninguna cosa nos confirma mas en la fé en que estábamos de que eres el verdadero Mesías y el verdadero Hijo de Dios, que este conocimiento que tienes de los corazones.

La epístola es del capítulo I de la del apóstol Santiago.

Carísimos: Poned en práctica la palabra, y no la escucheis solamente, engañándoos á vosotros mismos; porque quien se contenta con oír la palabra y no la practica, este tal será parecido á un hombre que contempla al espejo su rostro nativo y que no hace mas que mirarse, y se va, y luego se olvidó de co-

mo está. Mas quien contemplare atentamente la ley perfecta, que es la de la libertad, y perseverare en ella, no haciéndose oyente olvidadizo, sino ejecutor de la obra, este será por su hecho bienaventurado. Que si alguno se precia de ser religioso, sin refrenar su lengua, ántes bien engañando su corazon, la religion suya es vana. La religion pura y sin mácula delante de Dios Padre es esta: Visitar á los huérfanos y á las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupcion de este siglo.

El evangelio es del capítulo XVI de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre: pedidle, y recibireis, para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre. Entónces le pediréis en mi nombre; y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habeis amado, y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo: ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre. Dícenle sus discípulos: Ahora sí que hablas claro y no en proverbios: ahora conocemos que tú lo sabes todo, y no has menester que nadie te haga preguntas; por donde creemos que has salido de Dios.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

Considera cuán poderosos son los motivos que tenemos de poner toda nuestra confianza en Dios; y cuán eficaces deben ser para un espíritu y un corazon cristiano. No hay al parecer cosa en que Jesucristo se haya empeñado mas frecuentemente y con mayor solemnidad, que en oír nuestras oraciones y alcanzarnos todo cuanto en su nombre pidamos á su padre;

y sin embargo, casi no tenemos confianza en Dios, á lo menos nuestra confianza en Dios es siempre vacilante y recelosa.

¡Cosa estraña! parece que solo estamos faltos de confianza en Dios: cualquier otro apoyo, por débil que sea, nos parece sobradamente sólido para sostenernos. Los sabios del mundo se apoyan sobre su prudencia, como si fuera infalible: los ricos cuentan sobre su oro: la gente jóven sobre su edad: las personas robustas sobre su salud, como sobre unos fundamentos muy sólidos. Se confía tanto en el favor, en la autoridad, en los amigos, que con tales apoyos no se duda emprenderlo todo. Todos los dias experimentamos la impotencia y la infidelidad de las criaturas, sin que por esto rebajemos un punto de la confianza que tenemos en ellas. No dejamos de volver á aquellas cañas que tantas veces se han doblado, y tantas se han roto en nuestras manos. ¿De donde viene, pues, que esperemos tan poco en el Señor; en aquel señor cuyo poder es inmenso, y cuya fidelidad tenemos tan experimentada? ¿De donde viene que, sin embargo de todo cuanto creemos de la bondad, de la ternura de este Salvador para con nosotros, sentimos tanta repugnancia en poner nuestra confianza en él? Viene de que no tenemos cuidado de traer á la memoria, de meditar los motivos y razones que tenemos para poner en él toda nuestra confianza. Acordémonos de lo que ha hecho Dios en nuestro favor, y de lo que ha dicho. Misterio incomprensible de la Encarnacion, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, tormentos excesivos, muerte afrentosa; y para hacer perpetuo este sacrificio, compendio milagroso de todas las pruebas y de todos los milagros de su amor, adorable sacramento de la Eucaristia: esto ha hecho Dios por nosotros; ¿y despues de esto desconfiarnos?

Considera que Dios se ha obligado á asistarnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros, á concedernos todo lo que queramos esperar de su bondad; y se ha obligado á esto de todos modos. Nos ha dado su palabra, y la ha dado en términos tan claros y tan fuertes, que no se puede dudar de su bondad ni de su voluntad. Sabemos que Dios no puede mentir. Creemos el misterio de la Trinidad

porque el Señor ha dicho que en la esencia divina hay tres personas que no destruyen la unidad. El mismo Dios ha dicho todavía en términos mas claros que nos concederá todo cuanto le pidieremos; y que sin aguardar á que se le pida vela sobre nuestras necesidades para proveer á ellas: declara que no hay peligro tan grande ni necesidad tan urgente de que no se haya obligado á sacar á los que recurran á él. Llena está de estas promesas la Sagrada Escritura: ¡tememos que Dios falte á su palabra? ¿Dudamos de su sinceridad? ¿Quién esperó jamas en él, dice el Profeta, y se engañó en su esperanza? Promete Dios á Abraham poblar la tierra de sus descendientes: su hijo Isaac debe ser, segun la profecía del Señor, el Padre de todo este pueblo: entre tanto Abraham recibe una orden de Dios para que degüelle á este hijo único sobre el cual estaban fundadas todas las promesas del Señor: el Patriarca se cree obligado á obedecer. ¿Pero en qué pararan las promesas de Dios? Nada de esto le detiene. Dios le ha prometido una larga posteridad, ¿qué apariencia hay que un niño muerto pueda ser padre de una nacion entera? ¿Pero es posible que Dios haya engañado á su siervo ó que haya de faltar á su palabra? Cuando fuera preciso trastornar todo el universo y crear un nuevo mundo, lo haria el Señor antes de faltar á lo que ha prometido. Formemos un concepto digno de Dios y esperemos en él.

PETICION Y PROPOSITOS.

A tantas y tan evidentes pruebas no puede resistir ya la dureza de mi corazon ni la tenacidad de mi juicio, Dios mio. Yo quiero esperar en vos, yo confio en vos y os pido como vuestros Apóstoles que aumenteis mi confianza. No era menester mas que saber quién sois para tener en vos la mas plena confianza; ni es menester mas que ver cuán bueno sois para vuestras criaturas, para sentir de hecho el corazon lleno de la mas dulce y consoladora esperanza.

JACULATORIA.

En tí, Señor, he esperado, no seré confundido.

LECCION.

Sobre la oracion.

Si fuéramos tan sensibles á los males espirituales, como lo somos á los temporales, no seria necesario instruirnos para saber lo que debiamos pedir á Dios. Todo afligido y necesitado corporalmente sabe pedir lo que le conviene, sin necesidad de maestro que le enseñe: el sentimiento de los males que padece, le inspira espresiones eficaces para suplicar; mas no sucede así en nuestras necesidades espirituales; apenas las conocemos, casi no las sentimos, y de aquí resulta la ignorancia de lo que debemos pedir, ignorancia que debemos desterrar aprendiendo á orar. La oracion, pues, tiene dos relaciones necesarias; la una á Dios, á quien pedimos; la otra á nosotros que oramos: es preciso por una parte que las cosas que pedimos á Dios sean dignas de ser pedidas á tan supremo bienhechor, y por otra que sean verdaderamente útiles para nosotros: desenvolvamos estas verdades.

Es necesario, lo primero, que las cosas que pedimos á Dios sean dignas de su bondad y de su grandeza, porque efectivamente la oracion no es otra cosa sino un acto de religion, con el cual protestamos á Dios dependencia y respeto: es un incienso que se eleva de nuestro corazon, como de un altar; es un verdadero sacrificio, que da á Dios el honor que por tantos títulos le es debido. Debe por tanto la oracion honrar á Dios de un modo digno de su magestad. ¿Qué juicio formaríamos de un individuo que convidado por un príncipe ó potentado para que le pidiese gracias proporcionadas á su poder, como tesoros, empleos &c., solo le pidiera niñerías, bagatelas y juguetes de niños? Diríamos, y con razon, que era un loco, que insultaba al príncipe y que se hacia indigno de sus beneficios. Pues no de otro modo nos portamos con Dios, señor mas poderoso y magnífico que todos los señores de la tierra. Su liberalidad nos ofrece riquezas dignas de su grandeza, bienes inestimables, mas preciosos que el oro y que la plata; su reino y su gloria, y su propia divinidad; y nosotros ¿qué es lo que le

pedimos? Bagatelas miserables, bienes caducos, y las mas veces males verdaderos. Y á vista de esto ¿aun nos admiraremos de que desprecie votos tan bajos, súplicas tan viles, y ruegos tan indignos de su grandeza?

El pedir á Dios bienes perecederos, es formarse una idea absolutamente profana de su magestad. No es, dice San Agustín, el verdadero Dios, á quien adoramos y á quien pedimos; sino una fantasma de la divinidad es el objeto de nuestra oracion, de nuestros vanos deseos: nosotros invocamos lo que amamos, lo que deseamos y el objeto que esperamos gozar. Así es, que si pedimos á Dios algun don celestial que nos conduzca á su magestad, entonces ciertamente le honramos; pero si le pedimos desordenadamente algun bien terreno, ya no es Dios, sino el bien temporal el que invocamos; y lo que es mas, consideramos á Dios como aprobante y agente de nuestra codicia y de nuestro apetito: le creemos capaz de favorecer nuestros deseos desordenados, y autorizar nuestras criminales pasiones: nos formamos un Dios tan despreciable como nosotros. Es verdad que al pedirle riquezas y honores no pedimos claramente favorezca nuestra avaricia, ambicion, lujo, intemperancia; pero en realidad eso es lo que pedimos: en vano pretendemos cubrir nuestras peticiones temerarias con decir que todo esto lo deseamos para gloria de Dios, para ponernos en estado de servirle mejor, no temiendo ya los asaltos de la pobreza, para reparar las faltas antes cometidas, para adquirir mayor número de adoradores: nada de esto es cierto: lo que hay de realidad es, que á la vanidad de nuestras oraciones agregamos la hipocresía y la mentira. Pensamos, ¡cosa horrible al decirlo! pensamos repito, sorprender á Dios y hacerle, sin que lo entienda, el fautor de nuestras pasiones: ¿será esto suplicar á Dios, ó mas bien insultarle? ¿Implorar su misericordia, ó excitar su justicia?

¿Pero qué, no podremos en algun modo pedir á Dios el socorro de nuestras necesidades temporales? Sin duda que sí, y seria un error torpe el negarlo: el mismo Jesucristo nos enseñó á pedir al Padre celestial el pan que necesitamos cada dia; pero es necesario advertir que estas gracias no se pueden pe-

dir sino en cuanto sean realmente útiles á nosotros, y esta es la segunda relacion que nuestras oraciones deben tener con nuestros verdaderos provechos. Y bien, ¿cuándo las gracias temporales son realmente útiles para nosotros? Cuando se refieren á las espirituales, cuando se dirigen á procurarnos la salvacion. Es tanta la importancia de este único bien, que nada podemos pedir ni desear sino por él. El mismo Jesucristo parece nos dispensa de pedirle aun los socorros mas necesarios para la vida, cuando dice: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura.* No por otro principio el santo rey David solo pedia y volvía á pedir esta gracia: *Una sola cosa he pedido al Señor; esta volveré á pedir; que more yo en la casa del Señor todos los dias de mi vida.* En efecto, limitense nuestros deseos á esta sola gracia, y solo esta satisfará nuestros deseos.

Se dirá: ¿por qué Jesucristo, al parecer, nos manda que pidamos cada dia el pan necesario? Esto es para enseñarnos, que si es permitido pedir bienes temporales, ha de ser solo los necesarios: para darnos á entender que él es el único distribuidor de los unos y de los otros; y por último, para mostrarnos que no solo es permitido, sino tambien loable el pedir los bienes temporales, cuando estos pueden contribuir á nuestra salvacion. ¿Y es este el objeto que nos proponemos cuando oramos? Nada menos: todas nuestras miras son terrestres, se paran en los objetos temporales, y se limitan á procurar á nuestros cuerpos socorros tan frágiles como ellos, sin cuidar de las necesidades espirituales que oprimen á nuestra alma. ¿Y nos lamentaremos todavía de que Dios no condescienda á nuestros ruegos? Pedimos al Padre celestial nos conserve las riquezas que solo sirven para ocupar todo nuestro corazon y nuestros pensamientos, sin dejarnos lugar para el deseo de los bienes eternos; le pedimos la conservacion de la salud, de una salud inútil para nuestra familia, pues toda ella se halla consagrada al lujo y la vanidad; nosotros, en fin, le pedimos bienes caducos y perecederos, bienes funestos; temamos nos los conceda, pues á muchos concede por indignacion, lo que á otros niega por misericordia, y entonces nuestra eterna perdicion será

el fruto de nuestras sacrílegas é indignas oraciones. ¿Qué remedio para no arriesgarnos? No buscar en nuestras oraciones sino la gloria de Dios y la verdadera felicidad de nuestras almas: entonces sí que habremos pedido lo que debiamos, y entonces sin duda seremos atendidos.

LAS ROGACIONES O LETANIAS MENORES.

Los tres dias que se siguen al quinto domingo despues de Pascua, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de ayunos ó de abstinencias, para pedir á Dios se digne bendecir los frutos y bienes de la tierra, y proveer á todas nuestras necesidades espirituales y corporales. San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, estableció estas deprecaciones públicas en su diócesis el año 470. Siendo la causa, segun los historiadores antiguos nos refieren, que desde que los borgoñones se apoderaron de la Galia Vienense, no se pasaba año sin que aquel país no se viese afligido con temerosos castigos del Señor; ya con temblores de tierra tan frecuentes y tan violentos, que los edificios mas sólidos no podian resistir á sus fuertes y repetidos vaivenes: igualmente las bestias salvages abandonaban sus bosques y montañas, y se introducian hasta de dia no solo en la ciudad, sino aun en las habitaciones, devorando á muchas personas. Los incendios tan frecuentes que padecian les daban á conocer cada dia mas la severidad con que Nuestro Señor los castigaba, pues se pasaban pocas semanas en que no se viese la ciudad casi consumida por el fuego, principalmente la noche del primer dia de pascua del año 470. Este pavoroso incendio sucedió mientras que casi todo el pueblo estaba junto en la Iglesia catedral con su obispo San Mamerto para la celebracion de los Sacrosantos Misterios, y en el mismo instante que supieron que la casa del ayuntamiento se hallaba incendiada y amenazaba el fuego á toda la ciudad, se interrumpieron los oficios y el Santo Sacrificio de la Misa, quedándose solo San Mamerto, el cual postrándose y vertiendo tiernas lágrimas, suplicó fervorosa-